

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 454

Alicante 16 de Agosto de 1879.

Año X.

EL CÍRCULO DEL ERROR.

Si bien es cierto que la filosofía puede refutar los extravíos de la misma razón, no lo es ménos que, dejándose llevar de su propio vuelo, menospreciando el auxilio de la religión verdadera, con dificultad podrá librarse de caer en el panteísmo y demás errores, como lo hemos demostrado en otra ocasión, y de ello nos ofrece manifiesto testimonio la historia del pensamiento humano.

En todas las épocas importantes de la historia, lo mismo en la cuna del pensamiento que en los tiempos presentes, se halla en boga el funesto error del panteísmo. Entra por mitad con el materialismo para la explicación de algunas religiones antiguas. La India lo cree y pone en práctica desde los Vedas por espacio de muchos siglos: la unidad inmóvil de los Eleatas se reproduce después de mucho tiempo, unida á las tendencias místicas, en el absoluto neoplatónico. En los siglos medios, si bien la religión lo aprisiona y las enseñanzas aristotélicas impiden su desarrollo, el gérmen no se

destruye, pues lo suscita en el siglo IX Scott Erigena, y en el siglo XII la doctrina de Averroes.

Al llegar la época del Renacimiento, reaparece vigoroso en Italia con los neoplatónicos, latente en Francia con Descartes y en Alemania con Leibnitz, sobresaliendo á todos el judío holandés Espinosa, que figura como el rey del panteísmo realista moderno. El siglo XVIII prefiere el materialismo, y por lo tanto el puro ateísmo, como si fuera cuestión de moda; pero en el nuestro, en la filosofía europea, los nombres de Fichte, Schelling, Hegel y Krause, con sus numerosos prosélitos hechos así en esta como en las demás ciencias, historia y poesía, nos recuerdan con dolor y tristeza cómo el pestífero aire del panteísmo ha penetrado en muchísimos corazones, dejando en pos de sí la corrupción y la muerte.

En vano, sin embargo, se esfuerzan el panteísta, idealista y materialista para derribar el sólido edificio de la filosofía católica: sin resultado alguno porfía también el escéptico con su ariete de la duda; pues mientras sus autores y prosélitos caen en extravagancias y contradicciones, se presenta inmaculada,

racional y noble la doctrina de la Iglesia católica.

No importa que la filosofía de la duda sea de todos los tiempos, que haya tenido en la antigüedad lo mismo que en la época moderna secuaces enérgicos; que la historia nos recuerde los antiguos nombres de Sexto, Pyrrhon, y los modernos de David Hume y Manuel Kant, el escéptico más funesto, sutil y capcioso; todos ellos, fundados en argumentos opuestos á la razón y á la experiencia, han pasado ya al olvido para el filósofo sensato. ¿Qué obtiene el escéptico de Koenisberg, deseoso de atacar el principio de la certeza, con negar que el espíritu humano pueda estar seguro de la realidad de los objetos exteriores que le rodean, apoyado en que nada le autoriza para establecer la certeza de lo que puede existir fuera de la idea ó conocimiento subjetivo que se haya obtenido? ¿Ignora acaso que la certeza objetiva del conocimiento humano constituye un hecho primitivo de la conciencia humana? ¿No es por ventura ley soberana de la naturaleza la que proclama la certeza de las verdades primarias por el solo hecho de la imposibilidad en que nos hallamos de destruirla?

Si el mundo corpóreo no es mas para nosotros, en concepto de Kant, que un conjunto de fenómenos sensibles sin que nada podamos conocer fuera de ellos, nuestros conocimientos nada tienen de real, todos son puramente subjetivos; el alma vive de ilusiones y se envanece con

creaciones imaginarias, á las que nada corresponde en la realidad: forma subjetiva el espacio, forma subjetiva el tiempo, conceptos vacíos las ideas puras, todo es subjetivo en nosotros: nada sabemos de los objetos, ignoramos absolutamente lo que hay y solo seguimos lo que nos parece. Esto es el escepticismo puro, tanto más peligroso cuanto más se envuelve en formas analíticas. Pero dicho filósofo, que se habia distinguido en señalar el carácter de las verdades necesarias consideradas como leyes del espíritu, y en fijar la ley categórica imperativa de la moral, aterrado sin duda por las terribles consecuencias de su doctrina escéptica, concluye estableciendo con singular extrañeza de todo el mundo, que todas esas verdades se han de admitir practicamente ó como un «postulado de la razón práctica.»

No hay necesidad de insistir más sobre el particular para hacer notar al sofístico y pernicioso rumbo que toma la pseudo-filosofía cuando se desvia de las enseñanzas de la religion católica. Hé ahí, pues, donde viene á parar la filosofía racionalista siguiendo los caprichos de su propia razón: cuán débiles é impotentes son los esfuerzos hechos contra la filosofía católica por el materialismo, idealismo, panteísmo y escepticismo, que forman el funesto círculo del error contemporáneo.

LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA

Y OTROS RAMOS

de la administracion pública.

¡Oh divina Astrea! No en vano supuso la fábula que, ofendida tú de las injurias de los hombres, te retiraste al cielo, y tu balanza, en la que se pesaban las decisiones de la justicia, quedó desde entónces convertida en una constelacion.

No ha mucho un escritor distinguido de nuestra época llamaba á la justicia «símbolo admirable de la felicidad pública;» y aunque la frase es exacta, no parece sino que ese símbolo se aleja de tal suerte de nosotros, que pronto dejaremos de percibirlo.

¿Quién se acuerda hoy de dar brillo, prestigio y esplendor á la justicia?

En otros tiempos era la justicia, entre las instituciones humanas, la primera en la sociedad. Hoy la política todo lo avasalla; sus instituciones son las privilegiadas, y ante ellas queda la justicia como oscurecida.

«Segun departieron los sábios antiguos, decia D. Alfonso el Sábio, justicia tanto quiere decir como cosa en que se encierran todos los derechos de qual natura quier que sean.» Esta virtud, que, segun el mismo gran legislador, dá y comparte á cada uno su derecho con igualdad, por la que mejor y más enderezadamente se mantiene el mundo, y que

hace que los buenos por ella sean mejores, recibiendo galardones por los bienes que hicieron, y los malos se hagan buenos recelándose de la pena que merecen por sus maldades, requiere, en los que la han de ejecutar, que hayan en sí tres cosas.»

«La primera que ayan voluntad de quererla e de amarla de corazon, parando mientes en los bienes e proes que en ella yacen. La segunda, que la sepan facer, como conviene, e los fechos demandaren: los unos con piedad, e los otros con reciedumbre. La tercera, que ayan esfuerço e poder para cumplirla contra los que la quieren toller ó embargar.»

Estos requisitos, á juicio del insigne Rey, indispensables para la acertada aplicacion de la justicia, ¿se respetan hoy tanto como su altísima importancia exige?

¿Cómo se puede dar esfuerço y poder á la justicia estando en nuestra sociedad todo supeditado á las exigencias de la política? ¿Cómo se puede dar prestigio á la justicia si la permanencia de un juez en su cargo es tan efímera que, por más que la inamovilidad se decante, tiene siempre suspendida sobre su cabeza, como la espada de Damocles, la traslacion ó la cesantía?

Encarecian las antiguas leyes los bienes incalculables que la sociedad recibe de la justicia. Revestian á los encargados de su aplicacion de todo el prestigio, de toda la autoridad, de todo el poder que mision tan alta requiere, al mismo tiempo que les imponian grave y no ilusoria respon-

sabilidad por la infracción de sus severos deberes; puede decirse que la administración de justicia entonces lo dominaba todo. Hoy, al contrario, es una rama de la administración pública, pero la menos potente.

Exíjese á los jueces, á los fiscales y á los auxiliares de la administración de justicia, para desempeñar sus cargos, conocimientos especiales, académicamente acreditados. Nada se exige á los empleados del orden político para ocupar sus destinos y llegar á los más altos puestos, fuera de la habilidad política, y sobre todo, que sean duchos en cábalas electorales. Con esto y con saber firmar la nómina, su aptitud está acreditada.

Pues apesar de esta gran diferencia de prévia preparacion á la faz de la sociedad, el brillo autoritario hállase en el poder político, no en el orden judicial; tal es el magnífico esplendor de que al primero se rodea, y el débil con que luce el segundo.

Llega esto al punto de que, no obstante ser requisito indispensable, como he dicho, que los funcionarios del orden judicial hagan constar, por medio de estudios prévios y en una carrera literaria, conocimientos facultativos, ha visto no há mucho en un escrito el que éste traza usar la palabra *inconsciente* á un empleado político, aplicándola al modo de proceder de los auxiliares de la administración de justicia en las funciones de sus cargos.

No es mi ánimo establecer anta-

gonismos ni promover divergencias, sino precisamente lo opuesto. Los hechos que pudieran dar lugar á ellas existen y son notorios, y mi anhelo seria que tales hechos y causas tales desapareciesen.

Los grandes beneficios que la justicia presta á la sociedad, no hay otra institucion que pueda procurarlos. Ella es la mayor garantía del orden en todas las esferas sociales; ella dá la verdadera libertad á los pueblos; ella asegura á todas las clases el pacífico goce de todos los bienes lícitos, porque mantiene á los ciudadanos en el cumplimiento de aquellos preceptos de alta moral, que consisten en vivir honestamente, no hace daño á otro, y dar su derecho á cada cual.

Pero para que la justicia produzca todos estos altísimos bienes, preciso es que se halle en la plenitud de sus preeminencias, preciso es, para el prestigio y verdad de la justicia, que la independencia judicial, que la inamovilidad judicial sean un hecho práctico: que no viva, como de limosna, á merced de la política, ni por la política oscurecida.

Toda institucion desautorizada ante la opinion pública, es una institucion inútil; el desprestigio lleva consigo la muerte para la institucion sobre quien cae. Así la fábula arrebató al cielo á la justicia, irritada por las injurias de los hombres. Así vemos que la balanza de la justicia no prevalece hoy en el mundo.

Valentín de Novoa.

EL ATEISMO ES UN GRAN LUJO.

Bajo este epígrafe el *Figaro* ha publicado un artículo muy interesante, en el cual se demuestra que los pueblos sin religion no pueden vivir. El articulista prueba esta verdad por la sola razon, porque se dirige á los descreidos; pero aún cuando pudiera resolverse bajo otros muchos puntos de vista, creemos oportuno copiar los principales párrafos que contienen una gran enseñanza para los pueblos y principalmente para los gobernantes.

Dice así:

«Es sabido que la guerra encarnizada que se hace en Francia á la religion, es el pretexto para acabar con el clero. Pues supongamos que tengan razon y no existan ni el Sér Supremo, ni el alma, ni la futura vida. Quedamos en que el hombre honrado que muere despues de una vida de tortura, el bribon que exhala el último suspiro despues de una vida de placer, no se despertarán más. No habrá ni recompensa para el uno ni expiacion para el otro.

Hay en la doctrina materialista una cantidad de razonamientos ingeniosos, y que se escuchan con curiosidad, cuando despues de haber comido bien se encuentra uno extendido en una buena butaca saboreando un cigarro excelente. Pero en ayunas varia la cuestion, razon por la cual los republicanos al mismo tiempo que la doctrina debian dar de comer.

El ateismo es, pues, un lujo que no todo el mundo se puede permitir. Para los republicanos, en este momento es fácil. Encontrándose bien provistos en este mundo, pueden pasarse perfectamente sin el otro.

Pero á esos millares de infelices, para los que la vida es siempre un infierno, ¿qué les va á quedar? Nada aquí abajo y nada allá arriba. ¡Qué crueldad!

La especie humana se compone de un pequeño número de elegidos y de una multitud de desheredados. Por un lado millares de hombres que trabajan, por el otro unos pocos que descansan: por un lado millares de hombres que sufren, por el otro unos pocos que se divierten. Es injusto, es lamentable, pero es así.

A todo se habitúa uno en el mundo. Nos habíamos acostumbrado á ver gentes que pasaban su existencia en construir nuestras casas, en coser nuestros vestidos, en preparar nuestras comidas, en recoger las migajas de nuestras mesas, seres para los que la vida es una servidumbre perpétua y un perpétuo dolor. ¿Cón qué ideas hemos unido esos seres á su trabajo como los siervos á la gleba? Con unas ideas muy sencillas. Creencia en un sólo Dios; esperanza en otra vida. Y de ahí obediencia al Soberano, respeto á las autoridades; es decir, respeto á los hombres de Dios, á los hombres de la ley y á los hombres de la espada.

Ahora bien: el interés de los republicanos estaba en hacer como los demás Gobiernos y en servirse de

las fuerzas materiales y morales que podían proteger á la República.

¿Qué han hecho en cambio? Después de haber amenazado la magistratura, dividido el ejército, desorganizado la policía, es decir, después de haber hecho bambolearse las barreras físicas, ponen todas sus fuerzas en aniquilar el sentimiento religioso, el sólo que podía detener aún las pasiones, una vez desaparecido el temor al castigo.

Al principio aplaude el pueblo, porque se imagina que los que le aseguran que después no habrá nada, van á ocuparse de darle de comer. Pero cuando el pueblo vea que el tiempo se pasa, y que le dejan en sus minas y en sus talleres, no es probable que se contente de ver á sus amos por las ventanas, sentados en bien servida mesa.

¿Quién detiene á un pueblo ateo? La conciencia. Pero ¿qué es la conciencia sin alma? Una secreción del cerebro, lo mismo que el amor á la familia, el patriotismo y la abnegación; nombres inventados por el rico para explotar al que trabaja; la conciencia sirve para hacerles trabajar mientras que nosotros descansamos; el patriotismo sirve para hacer que se maten mientras que á nosotros nos decoran; la familia sirve para hacerles educar á sus pequeñuelos mientras que nosotros nos divertimos. Si hasta hoy se habían sometido á una existencia semejante, es porque les habíamos hecho creer en otra vida. Si Lázaro recogía las migas á la puerta del rico, es porque

Jesucristo le había hecho creer que pronto sería llevado al seno de Dios. Pero cuando los republicanos hayan demostrado al hombre del pueblo que no hay más que este mundo, el hombre del pueblo se lo disputará; la lucha por la vida que decía Darwin; y entonces volveremos á ver empezar las sangrientas jornadas de la Commune; y entonces exclamarán los republicanos: ¡Basta; os habíamos arrastrado para hacer la guerra al clero; pero no vayamos más lejos! ¡No vayamos más lejos!

Hace ochenta años que repiten esa frase los que desencadenan nuestras revoluciones.

No queremos hablar del ateísmo bajo el punto de vista moral. Su monstruosidad es tan grande, que evita hasta la discusión.

El ateo solo aspira á caer como ha dicho el poeta. Ignorar es su alegría, destruir, su felicidad. Su alma, horrorizada de sí misma, se avergüenza de su celeste origen y se esfuerza en ahogar hasta el último recuerdo.

Crear que se puede gobernar en paz á unos hambrientos á quienes se arranca las esperanzas verdaderas y á quienes se hacen promesas engañosas, es una candidez, y hacerse la ilusión de que las sociedades pueden vivir sin la creencia divina, es una locura, una insensatez, cuyos alcances y consecuencias sufren los pueblos á la corta ó á la larga.

Francia, ménos que nación otra alguna ha debido fomentar el ateis-

mo, porque ninguna nacion como ella se ha visto impelida por la necesidad y arrastrada por el terror á proclamar la existencia de Dios. Pero si tiene la desgracia de haber olvidado el Calvario que la incredulidad le hizo andar no hace aún un siglo, el tiempo y la necesidad dejarán sentir en su conciencia la conveniencia de que los pueblos, lo mismo que los individuos, refieran sus actos á fin superior, como es superior el origen de donde proviene.»

CONVERSIONES CÉLEBRES.

ALFONSO RATISBONA.

La historia de la Iglesia es la historia de una lucha y de una continua batalla, desde sus primeros tiempos hasta los presentes, y desde estos á los últimos no cesarán los combates hasta el triunfo final, que será aquel que señalan los libros santos despues de la horrible confusion del Apocalipsis, última prueba de la afligida humanidad.

En esta batalla el error hace sus prosélitos, pero la Iglesia arranca diariamente al error almas elevadas y espíritus generosos, que apenas conocida la luz de la verdad se arrojan á ella y llegan á ser los más bellos ornamentos del Catolicismo, convirtiéndose por la siempre vivificante misericordia de Dios en vasos de eleccion, los que habian sido piedra de escándalo para los buenos.

Es necesario ser ciego para no asom-

brarse del hecho verdaderamente admirable, de que muchos de los grandes campeones de la causa católica en el siglo XIX hayan nacido en el error, siendo protestantes unos, judíos otros, racionalistas muchos, y algunos católicos solo de nombre, pero sin relacion alguna con su madre la Iglesia: estos hombres, sin embargo, visitados en su mayor parte por la gracia ó vencidos por ella repentinamente, han sostenido y sostienen la causa que combatian, y son hoy los grandes apologistas de la verdad católica, dando con su conducta testimonio de que Dios hace salir el bien del mal y convierte á su servicio á los mismos que ciegos le aborrecian.

Lo sucedido en el camino de Damasco, cuando Saulo cayó perseguidor de los cristianos y se levantó apóstol de las gentes, se ha reproducido en nuestros dias con asombrosa frecuencia. Stolberg, Hurter, Spencer, Newmann, Faber, Manning, Ratisbona, Luis Veuillot, Herman, Donoso Cortés, Lacordaire y otros que seria prolijo enumerar, vivieron largos años siendo enemigos de Dios, ó indiferentes á él, y Dios, atrayéndolos á sí, los ha hecho instrumentos de su misericordia, para que conviertan á sus hermanos perdidos en el mar proceloso de las pasiones y de los errores humanos.

Trazar una série de biografias de todos estos hombres ilustres, muertos unos, vivos otros en los momentos actuales, va á ser mi mision; estas enseñanzas son siempre útiles, pues demuestran por una parte la continua asistencia de Dios á su Iglesia, y por otra, son prenda segura del triunfo de ésta sobre las

múltiples fuerzas que hoy la combaten. Empezaré por referir la conversión de un judío, cuyo hecho conmovió profundamente á todos los de su secta, pues tenían cifradas en él grandes esperanzas; me refiero á la conversión de Alfonso Ratisbona, ocurrida en Roma en 1842.

En el siglo pasado existía en Strasburgo una familia judía, grandemente respetada en la población, no solo por sus riquezas, sino por su gran caridad; el jefe de ella, aunque israelita, recibió honores y títulos nobiliarios del Rey Luis XVI, recompensa justa de los beneficios que con pródiga mano repartía á sus semejantes, sin fijarse en la religión á que pertenecían, y entre los que se encontraban muchos católicos: descendiente de esta familia es Alfonso Ratisbona, nacido el 1.º de Mayo de 1814.

En esta época, las tradiciones caritativas de la familia, y la observancia de los preceptos de la Biblia, se habían modificado mucho; en realidad formaba parte de ese inmenso contingente que el judaísmo ha suministrado al racionalismo moderno, no teniendo de la religión de Abraham más que el nombre y algunas ceremonias exteriores, conservando completa indiferencia respecto de todos los cultos: un hecho sin embargo vino á determinar en Alfonso Ratisbona y su familia un odio violento al catolicismo; este hecho fué la conversión á la doctrina verdadera y la entrada en el sacerdocio, de su hermano Teodoro.

A contar de esta fecha, Alfonso declaró una guerra á muerte á todos los curas, no habiendo denuesto que no les prodigase, enfureciéndose sobre todo cuando veía á un jesuita, á los cuales

achacaba todos los males de la sociedad y de su familia: ésta aunque con frialdad y muy de tarde en tarde, tenía algunas relaciones con el judío converso, admiración de los católicos de Strasburgo por su celo, su paciencia y su piedad. Alfonso indignado porque su hermano había pretendido bautizar á un niño en peligro de muerte, le escribió una carta llena de insultos, y cortó con él por completo todas las relaciones.

El colegio protestante donde recibió su primera educación, y la vida de París en cuya Universidad estudió hasta graduarse de abogado, no eran ciertamente lugares donde pudiera modificar su aversión á la Iglesia católica, antes por el contrario, la acrecentaron hasta el punto de que, vuelto á su ciudad natal, emprendió con gran actividad la propaganda del judaísmo, poniéndose al frente de una sociedad protectora de los jóvenes israelitas.

La muerte de sus padres le dejó completamente rico y libre, su tío dueño de una gran fortuna y sin herederos tenía por él una predilección especial, así es que le puso al frente de su casa de banca, la primera y más respetable de Strasburgo, pensando en retirarse de los negocios en cuanto su sobrino contrajese matrimonio con una hermosísima joven judía, hija del hermano mayor de Alfonso muerto hacia bastante tiempo.

Todo sonreía á este, enamorado de su prometida, halagado de su familia que veía en este enlace la satisfacción de una aspiración largo tiempo deseada, dueño de una gran fortuna y presunto heredero de otra aún mayor, solo deseaba que se llevase á cabo su boda; los médicos,

sin embargo, teniendo en cuenta la poca edad de la joven que aún no había cumplido los 17 años y la constitucion algo delicada de Alfonso Ratisbona, aconsejaron que no se realizase hasta que pasase un año, acordando la familia que hiciese un viaje á Italia, cuyo clima dulce y apacible le era muy necesario para su restablecimiento.

En los últimos dias de Noviembre de 1841 Alfonso Ratisbona abandonó su ciudad natal y su familia, y despues de permanecer algunos dias en París, se embarcó en Marsella tomando rumbo á Nápoles.

Al fondear en Civita-Vechia oyó el estruendo de los cañones.

¿Qué ocasiona ese ruido de guerra en las pacificas tierras del Papa? preguntó á un marinero.

Son salvas en honor de la Purísima Concepcion, cuyo dia es hoy, le respondió. Ratisbona se encogió de hombros y ni aún quiso desembarcar. Poco despues llegaba á Nápoles.

Encontrábase en esta ciudad el primero de Enero de 1842; á la caída de la tarde sintió Ratisbona una gran tristeza, cuya causa no pudo determinar; sin saber cómo se encontró á la puerta de una Iglesia y entró en ella movido por una fuerza desconocida; al salir experimentó un gran bienestar.

Decidido á marchar á Malta arregló sus maletas y se dirigió al despacho del consignatario del vapor para tomar pasaje; al hacerlo vió que se había equivocado y estaba en el despacho de las diligencias de Roma, tomó billete y pocas horas despues caminaba hácia la ciudad eterna el que se proponia surcar las claras aguas del golfo de Nápoles.

En Roma se reprodujo el ódio de Ratisbona á la Iglesia católica: la visita al barrio de los judios le indignó prorumpiendo en blasfemias en union de los protestantes, libre pensadores y racionalistas que le acompañaban.

Visitando un dia la Iglesia de Ara-celi vió los preparativos que se hacian para el bautizo de unos judios recién convertidos.

Asistireis á la ceremonia, le dijo el guia.

Imposible, contestó Ratisbona, no me podria contener y me arrojaria sobre el bautizante y los bautizados.

Entre las visitas que tenia que hacer en Roma se encontraba la del baron Bussierre, uno de los católicos más fervientes y activos de la ciudad eterna; confiando no encontrarle en su casa, subió la escalera con la tarjeta en la mano; apenas llamó, el criado sin dirigirle ninguna pregunta, le introdujo en el salon donde se encontraba el dueño de la casa en compañía de su esposa y dos niñas pequeñas hermosas como dos ángeles.

La conversacion fué al principio indiferente, despues pasó al terreno religioso, mostrando Ratisbona una indiferencia y un excepticismo muy propio de la situacion de su espíritu.

Puesto que sois tan despreocupado, y segun decis aborreceis la supersticion, someteos á una prueba que quiero hacer, le dijo Mr. Bussierre.

—Acepto, ¿cuál?

—Poned en vuestro cuello la medalla milagrosa de la Virgen, dijo el dueño de la casa presentándosela.

Ratisbona se quedó perplejo, pareciéndole ridicula la proposicion; despues,

pensando en burlarse del talisman y entregárselo en Strasburgo á su prometida como recuerdo de viaje, aceptó con sintiendo en que Mr. Busierre colocase en su pecho la medalla.

—No es esto solo, añadió éste: para que la prueba sea completa, teneis que recitar la oracion que hay al reverso, y copiarla.

Ratisbona, siempre riendo y queriendo ser galante con la señora de la casa, que unia sus ruegos á los de su esposo, prometió ámbas cosas, haciendo la primera en el acto, y remitiendo al dia siguiente la copia de la oracion de su puño y letra, y quedándose con la que le habia dado escrita Mr. Bussierre.

Aquella noche, refiere Ratisbona, tuvo un sueño, en el cual veia constantemente en los aires, cualquiera que fuese su posicion, una gran cruz negra.

Decidido á dejar á Roma, y cuando tenia ya tomado su billete de diligencia, los ruegos de Mr. Bussierre, con quien paseaba algunas veces, le hicieron desistir de su propósito.

Al pasar un dia por delante de la Scala Santa, éste, en un arranque de entusiasmo, exclamó: «Salud, Santa Scala: he aquí un pecador que te subirá de rodillas.»

Ratisbona se rió, y á su vez dijo dirigiéndose á las construcciones del tiempo de Neron inmediatas á aquel sitio: «Salud, verdaderas maravillas, ante vosotras debe el hombre inclinarse, no ante una pobre escalera.»

Llegó por fin el 20 de Enero; Ratisbona, despues de almorzar y poner sus cartas en el correo, se trasladó á un café de la plaza de España á leer periódicos;

encontró allí algunos amigos, con los que habló de los próximos placeres del Carnaval y de la magnífica fiesta que habia dado la vispera el príncipe de Turlonio, despues... pero dejemos referir á él mismo cómo se operó el milagro de su conversion. Hé aquí sus palabras:

«Al salir del café me encontré en carruaje á Mr. Bussierre; me invitó á subir para dar un paseo. El tiempo era magnífico y acepté con alegría, despues me pidió permiso para detenerse algunos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos, muy inmediata á donde estábamos, pues tenia que desempeñar una comision; llegamos y me propuso me quedase en el carruaje; preferi bajar para ver la iglesia, donde se hacian preparativos para unos funerales; pregunté el nombre del difunto, era uno de mis mejores amigos, el conde de La Ferronnays; no os impacientéis, añadió monsieur Bussierre subiendo al coro, es asunto de pocos minutos.

La iglesia de San Andrés de los Hermanos es pobre, pequeña y desierta; estaba casi solo, ningun objeto de arte llamaba mi atencion, me paseaba maquinalmente, sin pensar en nada; me acuerdo solamente de un perro negro que saltaba y se agitaba delante de mí. De repente desapareció el perro y desapareció la iglesia y no vi nada, ó por decir mejor, ¡oh Dios mio! vi una sola cosa.

¿Cómo es posible que hable? ¡Oh! La palabra humana no debe intentar explicar lo que es inexplicable; toda descripcion, por sublime que sea, no será sino una profanacion de la inefable verdad.

Allí estaba prosternado, bañado en

lágrimas, con el corazón que se quería salir del pecho, cuando Mr. Bussierre me llamó á la vida.

No pude responder á sus precipitadas preguntas, coji la medalla que pendia aún de mi pecho, besé con efusion la resplandeciente imágen de la Virgen exclamando: SI, ERA ELLA.

Yo no sabía quién era ni dónde estaba, si era Alfonso ú otro, me buscaba y no me encontraba. La alegría más ardiente estalló en el fondo de mi alma y no pude hablar, no quería revelar nada; sentía en mí algo de solemne y de santo que me hizo llamar á un sacerdote; me condujeron á él, y solo despues de recibir la órden pude hablar de rodillas y con el corazón temblando.

Mis primeras palabras fueron de agradecimiento por Mr. de La Ferronnays y por la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias; sé de una manera segura que el primero habia pedido á Dios por mí, pero no puedo darme cuenta de cómo lo sé ni tampoco como tengo el conocimiento de todas las verdades y la fé de ellas. Todo lo que puedo decir es, que en un momento cayó la venda de mis ojos, pero no una sola, sino las muchas que me habian envuelto hasta entonces dirritiéndose como la nieve ante el Sol.

Así refiere Alfonso Ratisbona el momento en que como Saulo cayó herido por la gracia; lo más admirable de este prodigio de la Divina Misericordia fué, que el judío que entró en la Iglesia ignorando todos los dogmas católicos, salió de ella conociéndolos tan perfectamente que no tuvieron nada que enseñarle para bautizarle.

Pocos dias despues recibió el agua de salud y de vida que lava todos los pecados, en la casa central de la Compañía de Jesús de mano del cardenal Patrizi vicario de su Santidad.

Despues de esta ceremonia renunció al mundo; se desprendió de su brillante fortuna, abandonó el proyecto de enlace y se consagró por completo á Dios, entrando en la Compañía de Jesús de donde salió algunos años despues para fundar la hermandad de Nuestra Señora de Sion para la conversion de los judíos.

En la iglesia de San Andrés de los Hermanos una lápida con la siguiente inscripcion conmemora este milagro:

El veinte de Enero de 1842

Alfonso Ratisbona de Strasburgo

vino aquí judío obstinado

la Virgen se le apareció

como la vés.

Cayó judío

se levantó cristiano.

Estranjero,

lleva contigo este precioso recuerdo

de la misericordia de Dios

y del poder de la Santísima Virgen.

V. Orti

CRÓNICA RELIGIOSA.

ROMA.—La salud del Padre Santo es excelente, á pesar del calor sofocante que se siente en Roma hace dias, y todavía recibió el lunes por la tarde Su Santidad al Consejo de la Academia litúrgica, á la cual dirigió palabras de consuelo y fortaleza, declarando cuánto se interesa por la instruccion de los eclesiásticos.

El celo del Papa es verdaderamente

evangélico, y nada olvida de lo que puede contribuir al bien de las almas y al mayor brillo de la Iglesia.

Al principio de su Pontificado ha abierto Su Santidad un vasto campo á los Prelados romanos, destinándoles en calidad de consultores á las Sagradas Congregaciones. Y en efecto, los Prelados dieron muestras de inteligencia y actividad en los importantes trabajos que les fueron confiados, por lo cual Leon XIII ha querido premiar su celo mandando á las Sagradas Congregaciones treinta mil liras, que deben ser distribuidas entre dichos Prelados.

Ahora se ocupa mucho el Padre Santo en promover las misiones extranjeras, y de llevar la luz del catolicismo á las regiones más apartadas.

Un *Invito Sacro* de S. Emma. el Cardenal Vicario anuncia que muy luego se colocará la primera piedra del Santuario universal que los fieles de Roma y del mundo católico deben edificar en el Esquilino, bajo la advocacion del Sagrado Corazon de Jesús.

El anuncio se ha hecho con motivo de un triduo solemne que por la iniciativa de las sociedades católicas de Roma va á celebrarse en la iglesia nuevamente restaurada de los Doce Apóstoles.

El objeto del triduo es el de ofrecer al Divino Corazon un tributo de reparacion solemne por las ofensas que recibe de parte de los impíos, hoy dueños de la Ciudad Santa.

Al mismo tiempo, y con este motivo, tendrá lugar una cuestacion en la basílica de los Doce Apóstoles para la Iglesia del Esquilino, que ha tenido ya grandes ofrendas del extranjero. El triduo empezará mañana y terminará el 20 con la Comunion general que dará el Cardenal Vicario.

Puedo añadir que la primera piedra del nuevo templo se pondrá durante el mes de Agosto, y probablemente el día de San Joaquin, en el que se halla la

fiesta patronómica de nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII.

Su Santidad, conociendo el estado de penuria en que se encuentra la iglesia de Piobbico, ha enviado al párroco los ornamentos indispensables para celebrar el culto. Esta iglesia, como otras muchas ha sido despojada por la revolucion en beneficio de unos cuantos caballeros particulares.

El día de Santiago tuvo lugar en la iglesia de Monserrat una funcion religiosa en honor del Santo patron de España. ¡Lástima que esta solemnidad no haya podido tener lugar en la tradicional iglesia de Santiago, propiedad hoy de los misioneros franceses!

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa María, á las nueve, misa mayor y por la tarde á las cinco, continúa el novenario de Nuestra Señora de la Asuncion, siendo orador D. Enrique Farach, presbítero.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion, y por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Viernes.—En Sta. María, último día de la Novena de Nuestra Señora de la Asuncion, predicará D. Francisco J. de Guimbeu, presbítero, y despues será llevada en su féretro, procesionalmente, la imagen de Nuestra Señora por la plazuela de dicha iglesia, cantándose los salmos de costumbre.

Sábado.—En la Colegial, á las siete y media, y en Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.